

los hombres : mostrar sus heridas á sus hermanos es enseñarles á evitarlas.

Sentaos, hermanos míos, y escuchadme.

Los dos jóvenes se acomodaron cada cual á su gusto.

El hombre del violoncelo comenzó :

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL DISCÍPULO Y SU PROFESOR.

Ahora nos permitirá el lector sustituir nuestro relato al del narrador : el relato será más completo, puesto que tendremos la facultad de decir del excelente hombre que acabamos de poner en escena lo que su modestia no le permitiría decir á él mismo.

Siete años antes del día en que empieza nuestra historia, esta misma habitación que ocupaba el músico, estaba lejos de parecerse, á la que hemos descrito en su encantadora sencillez.

No había entonces el cortinaje de muselina blanca que tapizaba el lecho, y que daba á la alcoba el aspecto de una capilla, ni la Virgen de estuco colocada sobre la chimenea y extendiendo sus dos brazos hacia los habitantes de este aposento como una bendición eterna, ni los candeleros que con la muselina del lecho y la estatua de la Virgen hacían exhalar de este aposento un perfume de quietud y recogimiento : aquella habitación era sólo en aquel tiempo una

especie de sala baja, empedrada, estrecha, húmeda y fría, sin flores perfumadas, sin pájaros cantores, sin tapicerías y sin papel.

Los únicos adornos de las paredes consistían en un grabado al agua fuerte representando la *Melancolía*, de Alberto Durero, y en un pequeño espejo de forma cuadrada, colocado enfrente del grabado; el fondo de la habitación estaba oculto por una gran cortina de sarga verde, la cual enganchada por clavos á las vigas de la techumbre, caía hasta las tablas del pavimento; era sin duda un velo echado por manos amigas para esconder á la vista del curioso el lastimoso espectáculo de algún pobre lecho.

En una palabra, esta habitación era la más triste y miserable que fuese posible imaginar; se conmovía profundamente el corazón al mirar en derredor de sí, porque en vano se buscaba un solo punto en que la vista pudiera reposarse agradablemente; las paredes sudaban miseria; las vigas del pavimento, plegándose bajo el paso que soportaban desde trescientos años quizá, amenazaban ruina; la atmósfera era pesada y sofocante.

Al ver el postigo abierto en la puerta, se sentía la misma repugnancia que al entrar en un calabozo.

Era, en efecto, más bien que la celda de un austero cenobita, el cuchitril de un pobre loco.

A excepción de una mesa de encina vieja, de un cuadro de madera pintado de negro, de un pupitre sobre el cual se veía un abultado volumen, que contenía sin duda las obras de Haendel ó los salmos de Marcello; á excepción de un banco bastante largo que podía contener ocho ó diez personas, de un alto taburete y de una silla de paja, el interior de la habitación estaba tan desprovisto de muebles como las paredes.

El que habitaba este aposento era un pobre maestro de escuela del arrabal de Santiago.

En esta época, es decir, en 1820, había llegado á fundar á fuerza de paciencia una humilde escuela de niños.

Por la módica suma de cinco francos al mes, que no se pagaban siempre con exactitud, enseñaba, según su programa, á leer, á escribir, la historia sagrada y las cuatro reglas de cuentas; pero en realidad enseñaba más de lo que prometía su programa.

Hijo de un pobre arrendador de provincia, había sido enviado al colegio de Luis el Grande á la edad de diez años. Apenas entró cuando el inteligente profesor á cuyos cuidados había sido confiado, reconoció en él una aptitud poco común y muy buenas disposiciones.

Este profesor modesto y honrado, viejo de años, joven de corazón, árbol que hubiera brotado ramas y dado frutos al sol del mundo, pero que privado de aire y de jugos vivificantes, se había secado antes de crecer detrás de las húmedas y mohosas paredes de un colegio, este profesor, al cabo de un año, le cobró amistad y se adhirió á él tan tiernamente como un padre podría adherirse á su último hijo.

Hacia treinta años que él también había venido á París del rincón de una provincia; como él, fuera de su centro, en medio de esa sociedad sin compendio que se llama colegio, rodeado de hijos de familia, de jóvenes ricos, él, niño pobre como su joven discípulo, en quien se veía renacer, había echado de menos más de una vez el verde sendero que conducía á la granja paterna; más de una vez también había derramado lágrimas amargas al recuerdo de la libertad que se respiraba en el aire de su país natal; en suma, como su discípulo, había cerrado los ojos para olvi-

dar el pasado, internándose por el árido y escabroso camino de la ciencia, donde el más perspicaz tropieza siempre con algún problema insoluble ó con alguna teoría desconocida.

Esta simpática similitud de pobreza, de inteligencia y de aislamiento, inspiró desde luego al viejo profesor el más profundo afecto hacia el pequeño Justino.

Este era el nombre del niño.

Al verter sobre él las primeras gotas de la ciencia, procuró endulzar sus amarguras; le tendió la mano en las espesas malezas que obstruyen los primeros pasos del estudio; apartó de su lado las agudas zarzas, las ardientes ortigas; por último, su solicitud no perdonó medio para abrirle un camino fácil á través de los peligros de este país desconocido.

Por su parte, Justino concibió por su anciano profesor una ternura profunda como la de un hijo, reconocida y respetuosa como la de un escolar.

Así es, que cuando sonaba la hora del recreo, después de haber guardado sus libros y cartera, atravesaba el patio en dos saltos, y sea que no hallase placer en jugar, sea que no tuviera amigos de su edad, sea en fin que su solo camarada, su único amigo, fuese su viejo maestro, iba á buscarle á su cuarto, y entonces entablaba con él los más dulces coloquios.

Unas veces la historia, otras la mitología ó los viajes, eran los objetos de esta conversación; otras pasaban revista á las obras de los antiguos poetas ó de los grandes artistas.

Cuando un alegre rayo del sol penetraba de repente en la habitación, trayendo con él como un recuerdo de los campos, como un perfume de las selvas, los versos de Vir-

gilio ó de Teócrito, estos dos grandes sacerdotes de la naturaleza, brotaban entonces de sus labios como brotan las flores de la tierra en el mes de Abril. El anciano admiraba los poetas á través de la naturaleza, y hacia entrever al niño la naturaleza á través de los poetas.

El domingo, sobre todo, les llevaba en su blanca túnica las más dulces horas de la semana.

Aquel día tenían el derecho de pasarlo juntos en el rincón del hogar durante el invierno, en los bosques de Versailles, de Meudón ó de Montmorency durante el estío.

¡ Oh ! ; cómo aprovechaban este día tan esperado, entablado una larga discusión sobre algún punto controvertible !

Un día era un antiguo condiscípulo del profesor que venía á visitarle; otro era la carta de la familia, que se leía cien veces: en fin, se ocupaban constantemente de algún punto instructivo ó interesante.

Si por casualidad, casualidad que se reproducía tres veces en el año, el maestro se veía obligado á asistir á alguna ceremonia, á algún banquete oficial en casa de un alto funcionario de la universidad donde no podía conducir á Justino, el niño pasaba las horas de este domingo con un joven de su edad, aislado y pobre como él, pero de inteligencia limitada.

Era el único camarada que tenía en el colegio, no porque los demás condiscípulos le fuesen antipáticos, todo lo contrario, él hubiera amado á todo el mundo; sino porque todos le abandonaban.

La desigualdad de fortunas separa ya á los niños en el colegio, así como más tarde separará á los hombres en la sociedad, y los dos colegiales cuyas sombras se proyectan en las altas paredes del patio de recreo, son siempre dos pobres ó dos ricos.

Un día el anciano maestro de Justino se reveló á él bajo una nueva faz.

Hacia tiempo que le preparaba una sorpresa tan dulce como inesperada; el cuarto que habitaba el bueno de Mr. Muller, este era el nombre del anciano, estaba situado encima de la enfermería, lo cual le obligaba á guardar las mayores consideraciones. En la bondad de su alma, el profesor temía causar la más leve molestia á sus enfermos, y había renunciado por lo tanto á satisfacer la única pasión que hacia latir su corazón.

Adoraba la música y tocaba el violoncelo con la ciencia y el amor de un artista alemán.

Hacia tres años que habitaba este malhadado aposento, fecha que coincidía con la entrada de Justino en el colegio, y desde este tiempo no había tocado á su arco ni á su violoncelo; sin embargo, esperaba sin quejarse el instante en que podría entregarse á su ocupación favorita en la nueva habitación que se le destinase, y que se le había prometido hacia diez y ocho meses.

Este día tan esperado llegó por fin.

Fué una dulce sorpresa para Justino el día en que oyó á su querido maestro, instalado en su nuevo local, producir los primeros acordes en el violoncelo, este instrumento grave y melancólico como una queja de los bosques.

Justino cayó en un profundo éxtasis, y en tanto que tocaba Mr. Muller, escuchó con las manos juntas.

Desde este día Justino no dejó un minuto de reposo á su viejo profesor para que le hiciese partícipe de estos tesoros de armonía, harto tiempo adormecidos, y que al despertarse habían conmovido todas las fibras de su alma.

Todos los días venía Justino á dar su lección; es decir, que el joven consagraba á la música todo el tiempo que

antes destinaba al recreo, que por lo demás no había sido otra cosa que un trabajo disfrazado con las apariencias del placer.

Entonces se descifran las obras de los maestros, y se comparaba á los antiguos con los modernos, á Pórpura con Weber, á Bach con Mozart, á Haydn con Cimarosa; se anatematizaba á los plagiarios, se hacía la historia de la música desde su principio con el canto georgiano hasta Guy d'Arezzo; desde Guy d'Arezzo hasta nuestros días; después de la música, pero á manera de episodio solamente, se volvía á la pintura y á la poesía, estas dos hermanas; en una palabra, del mismo modo que el maestro había conducido á su discípulo por las verdes llanuras de la ciencia, le conducía ahora por los azulados senderos del arte.

Todas estas simientes sembradas por una mano dulce y sabia á la vez en el corazón del niño, florecieron y fructificaron en este aislamiento á dos.

El aislamiento tiene de bueno que obliga al hombre á comprender la inefable dulzura que existe en él mismo, dulzura que ignoraría siempre, perdido en medio de una sociedad egoísta que nos roba la mitad de nuestra vida.

El aislamiento habitúa al hombre á reconcentrarse en sí mismo; este es el recogimiento cotidiano.

Hay toda una religión en la soledad.

El aislamiento convierte á los malos en buenos, á los buenos en mejores; en el silencio, Dios habla al corazón del hombre; en la soledad, el hombre habla al corazón de Dios.

El aislamiento á dos es aún mejor que el aislamiento solitario; el aislamiento á dos es un sueño, un cuento de hadas.

Siete años duró el sueño del anciano maestro y de su discípulo, hasta que el pesar los despertó sobresaltados.

Una mañana, un domingo, un día del mes de Febrero de 1814, recibieron la carta de familia

Estaba sellada de negro.

No estaba escrita por el padre, ni tampoco por la madre.
¿Habrían muerto?

Si uno de los dos sobrevivía, ¿por qué no participaba la nueva terrible que indicaba este sello?

Justino abrió la carta temblando.

La desgracia iba más lejos de lo que hubiera podido prever el más triste presentimiento.

Los cosacos habían destruido la cosecha, saqueado los graneros é incendiado la granja.

La madre, al arrojarle sobre el lecho de su hija para arrancarla de las llamas, se había quemado los ojos quedando ciega.

Mas ¿por qué no había escrito el padre?

El padre, viejo soldado de la república, había perdido la cabeza viendo la extensión de su desgracia; había tomado su fusil, y se había puesto á dar caza á los cosacos.

¡En esta refriega había matado nueve!

Pero en el momento en que apuntaba al décimo, sin apercibirse que había caído en una emboscada, una docena de disparos partieron á la vez, y dos balas le atravesaron el pecho.

Una tercera le partió la cabeza.

Cayó muerto en el acto.

El maestro participó del dolor de su discípulo y las lágrimas del anciano y del niño se confundieron; pero ni lágrimas ni dolores podían ya reparar esta desgracia, y era preciso separarse.

Justino abrazó á su segundo padre: bien merecía este nombre; porque si había recibido del primero la vida del cuerpo, recibiera de su maestro la vida del alma.

Los dos amigos se separaron.

CAPÍTULO II.

LA BATALLA DE LA VIDA.

Habiendo muerto su padre y quedando ciega su madre, siendo su hermana demasiado joven para trabajar, habiéndosele quemado la casa y con la cosecha perdida, ¿qué podía hacer el pobre Justino?

¡Un niño de diez y seis años!

Escribió pues á su anciano profesor, preguntándole lo que debía hacer.

No se hizo esperar la respuesta.

Mr. Muller le aconsejaba que se volviese inmediatamente á París. ¿No era esta ciudad el país de los recursos? Además allí estaba él para auxiliarle con todo su poder.

El buen hombre estaba pobre; pero era solo en la tierra, y por lo tanto estaba rico.

Puso su pequeño tesoro, economía de diez años, á disposición de Justino, y le invitó á que habitase una casa vecina de la suya.

Justino aceptó.

Entonces fué cuando vino á establecerse en París en la casa del arrabal de Santiago, donde Juan Robert y Salvador acababan de entrar.

Se instaló en esta miserable sala de que hemos tratado de dar una idea á nuestros lectores.

Durante un año buscó en vano lecciones por todas partes.

Todos se burlaban del profesor de quince años y medio.

Al segundo año obtuvo algunas repeticiones; pero el poco dinero que le reportaban estaba lejos de bastar á la manutención de tres personas.

Estas repeticiones le ocupaban tres horas por día.

Buscó otra industria que ejercer.

Supo que estaba vacante la plaza de profesor de música en un colegio de señoritas, y se presentó con una carta de recomendación de Mr. Muller para la directora de la casa de pensión.

Se le recibió con la mejor voluntad.

El bueno del maestro había dicho en su carta, que era hacerle un servicio verdadero cuidar de su protegido y darle la plaza vacante, porque tenía necesidad de este auxilio.

La directora del colegio conociendo que el protegido de Mr. Muller era pobre, trató de sacar partido de esta circunstancia.

Así que le ofreció veinte francos al mes.

El anciano profesor que estaba orgulloso con su discípulo, le aconsejó que rehusase.

Justino aceptó.

Con estos veinte francos al mes y el dinero de las repeticiones se podía vivir.

Modestamente es verdad, pero al fin la vida material estaba asegurada.

Por este lado no había ningún motivo grave de inquietud, puesto que el porvenir no podía ser peor que el pasado.

Cuando empezaba la inquietud era al pronunciar en la casa el nombre del querido maestro.

Y no sonaba una sola vez la hora en la iglesia de Santiago, sin que este nombre fuese pronunciado.

Se le debía el tesoro prestado por él, una suma de mil francos, suma enorme que Justino no ganaba en un año; ¿cómo reembolsarla? ¿Dónde encontrar trabajo?

Por todas partes lo pedía.

Lo repetimos, la madre era ciega, la hermana laboriosa, pero de una salud débil y casi siempre enferma.

Un tratante en leña necesitaba un tenedor de libros dos veces á la semana.

Justino se presentó á él. Su traje sin ser de los más pobres era de los más modestos.

El tratante daba cincuenta francos á su predecesor, dandy del barrio que venía cuando no tenía dinero, ó cuando sus conquistas se lo permitían.

El tratante ofreció á Justino veinte y cinco francos, y éste aceptó con la más estricta economía, y escatimando de lo necesario, tenía que tardar cuatro años en completar los mil francos que debía.

Sus lecciones de griego y de latín, sus lecciones de música y la teneduría de libros, le ocupaban ocho horas por día.

Quedábale pues cuatro horas de día y doce de noche.

Se puso en busca de nuevos discípulos y de un nuevo estado; Justino se sentía capaz de todo, apoyado por el doble deber de sostener á su madre y á su hermana, y de reembolsar al bondadoso Mr. Muller.

Un nuevo estado era más fácil de encontrar que nuevos discípulos, y lo encontró.

Á algunos pasos de la casa había una tipografía donde

se imprimía un periódico; el regente de imprenta, buen muchacho que presenta ya las jornadas de 1850 con doce años de anticipación, fatigado de corregir las pruebas de las elegías realistas de su patrón, empleado superior en un ministerio, rompió un día sus cadenas y abandonó la imprenta.

El propietario del periódico y el impresor, apurados por la noche para corregir las pruebas de su hoja, supieron que en la vecindad habitaba un joven dotado de las cualidades necesarias para este penoso trabajo.

Se le preguntó si consentía en aceptar esta plaza.

Esta plaza era la tierra prometida para Justino.

Justino tenía la fortuna de ignorar lo que era política, pues no había tenido tiempo de ocuparse de ella; si es que su corazón podía odiar, odiaba al extranjero que había invadido la Francia, á los cosacos que habían incendiado su granja, quemado los ojos á su madre, matado á su padre, y dejado huérfana á su hermana.

Pero opinión política no la tenía, ó más bien, pobre y honrada criatura, no tenía más que una sola.

Sostener á su madre y su hermana; devolver los mil francos á Mr. Muller.

Se le hizo observar que era preciso que pasase las dos partes de la noche en su nueva ocupación y aceptó.

Cuando se le preguntó lo que deseaba ganar, contestó: lo que vos queráis.

Entró pues como regente en la imprenta hacia la mitad del año de 1848.

Un año después, día por día, había reintegrado á su anciano maestro la suma que éste le prestara.

Un año después había economizado seiscientos francos.

¡Qué hermosos proyectos formaba el pobre Justino!

Se veía ya al cabo de cuatro años con un dote de tres mil francos para su hermana y con cuatrocientos francos para los gastos de boda.

Pero ¿y él?

Él, ¿qué era? Un obrero, un peón de albañil, una piedra de molino, cuyo movimiento no se detenía más que desde las dos á las seis de la mañana.

Hablando de estos hombres ha dicho una boca santa:

« ¡Trabajar es orar! »

El sueño de Justino tuvo la suerte de todo sueño.

Se desvaneció.

Justino cayó enfermo; la enfermedad era grave y le condujo en ocho días á las puertas de la tumba.

Una fiebre tifoidea que le acometió después le tuvo dos meses en su lecho.

Un proverbio ruso dice que las desgracias vienen por grupos.

Este proverbio es tan verdadero como si fuera francés ó español.

Habiendo caído enfermo el pobre Justino, todo le faltó.

Las lecciones de música se dieron á un pianista en boga que no tenía necesidad de ellas. Estaba en moda, y no venía más que cuando le quedaba tiempo.

La teneduría de libros se devolvió al dandy que pretendía ser indemnizado.

La hoja realista había hecho fiasco, matada por el encarnizamiento que había puesto en sostener la cámara.

Y como un regente sin periódico era un lujo de que podía dispensarse el propietario, el regente fué despedido.

Quedaban las repeticiones.

Desgraciadamente era la época de las vacaciones, y todos los discípulos habían desaparecido.

Por fortuna Mr. Muller estaba allí; ¡Muller! la suprema Providencia de la pobre familia; el que había rogado á Dios, cuando Dios, ocupado de la caída de su imperio, había vuelto sus miradas hacia la humilde granja incendiada.

Acababa de devolverle sus mil francos; podía pedirlos de nuevo.

Justino formó este proyecto, é hizo de él el objeto de su primera visita.

Se encaminó todavía débil y apoyándose en las paredes á la casa del profesor.

Le encontró en su habitación, isentado sobre una maleta que acababa de cerrar.

— ¡Ah! ¡eres tú! me alegro de verte.

— Gracias, Mr. Muller; ya veis que mi primera visita ha sido para vos.

— ¡Bien, bien! iba á tener el disgusto de marcharme sin decirte adiós.

— ¡Pero adónde vais? preguntó Justino con inquietud.

— Sí, amigo mío, voy á emprender mi gran viaje.

— ¡Qué gran viaje?

— Yo no te he hablado de él, porque si lo hubieras sabido te habrías apresurado á devolverme los mil francos antes de tiempo.

— ¡Dios mío! murmuró Justino.

— Ya te he dicho que había nacido en la misma ciudad que el grande, que el ilustre Weber; cuando niños nos hemos conocido, cuando jóvenes nos hemos amado; siendo hombre, le he admirado; pues bien, yo tenía la esperanza de no morir antes de volver á ver al autor de *Freischutz* y de *Oberon*. Yo habia economizado á fuerza de tra-

bajo los mil francos que te presté, para colocar esta corona de alegría y de orgullo sobre mi vejez; iba á partir, cuando tú has tenido necesidad de mi tesoro. ¡Bah! dije para mí, todavía soy joven, y Dios nos dejará bastante que vivir á Weber y á mí, para que Justino tenga tiempo de devolverme los mil francos que voy á ofrecerle.

— ¡Cuán bueno sois!

— Yo te ofrecí, hijo mío; tú lo aceptaste; he visto los esfuerzos que hacías para reintegrarme; y yo, viejo egoísta, que hubiera debido decirte: trabaja menos, la juventud tiene recursos, pero no hay que prodigarlos; nada de esto te he dicho, querido hijo; te he dejado obrar, y por ello te pido perdón. Es verdad que oía decir: El pobre Weber está enfermo, no vivirá mucho, y hay en su música como los últimos suspiros de su alma que se va. En fin, á fuerza de privaciones me has devuelto los mil francos, y me harás la justicia de confesar que nunca te los he reclamado.

— ¡Oh Mr. Muller!

— No; te juro, hijo mío, que tenia necesidad de ese dinero, y así que ha vuelto á mi poder, he dicho bueno, esto será para las vacaciones; y ya comprendes que si Weber, á quien no he visto hace veinticinco años, se muriese...

Pero, á Dios gracias, yo le abrazaré antes.

¡Oh mi querido amigo! Ayer he recibido carta suya; está en Dresde ocupado en crear una ópera alemana para el rey de Sajonia. Esta mañana he hecho mi maleta, tomé asiento para Strasburgo, y esta noche parto; iba á salir para abrazarte, mas ya que has venido, vamos á comer juntos.

— ¡Ah Mr. Muller! murmuró Justino con voz ahogada, no puedo comer todavía.

— ¡ Qué desgracia que no puedas venir conmigo ! es imposible, ¿ no es cierto ?

— Enteramente imposible.

— Ya comprendo : las lecciones de música, tus repeticiones, tus libros de partida doble, tus correcciones de pruebas ; vas á emprender de nuevo tus tareas.

— Si, dijo suspirando Justino.

Muller estaba tan alegre que no oyó este suspiro.

Este suspiro, tan triste como el último pensamiento de Weber, era también el adiós á una suprema esperanza.

Justino no hubiera tenido más que decir : Necesito vuestros mil francos, Mr. Muller, para recobrar la salud con paso más rápido, tengo necesidad de vuestros mil francos para alimentar á mi madre y á mi hermana, ya veréis á Weber más tarde, ó quizás no le veréis ; no importa ; quedaos, mi bondadoso maestro, quedaos.

Muller hubiera tal vez exhalado un suspiro tan triste como el que acababa de dejar escapar Justino.

Pero de seguro se habría quedado.

Justino no dijo nada ; abrazó á Mr. Muller, le dijo adiós, entró en su casa llorando, y cayó en su lecho abrumado de dolor.

El mismo día á las cinco Mr. Muller partió para Dresde.

Cuando Muller partió estaban agotados los últimos recursos.

Justino convaleciente hizo entonces un nuevo esfuerzo, y se presentó á solicitar sus antiguas lecciones y otras nuevas.

Pero la mayor parte le dirigió esta filantrópica advertencia :

— Gozáis de muy mala salud.

Entonces fué cuando el joven, falto de todo, casi de va-

lor, casi de esperanza, casi de fe, tuvo la idea de crear una escuela primaria en este pobre barrio, demasiado lleno de niños, demasiado vacío de recursos.

Un buen obrero se aventuró á confiarle su hijo ; otro le entregó un segundo, más para desembarazarse de él, que para que aprendiese las cuatro reglas de cuentas ; un tercero le trajo dos á la vez.

Al cabo de seis meses tenia ocho discípulos.

Pero estaba obligado á retenerlos todo el día, y estos ocho pensionarios le daban cuarenta francos al mes, porque, como hemos dicho al principio, les enseñaba por cinco francos mensuales todos los tesoros de la escritura, de la lectura y de la aritmética.

Esto es sin embargo lo que se paga aun hoy á los pobres maestros de escuela de estos barrios extraviados.

Por último, al cabo de dos años, hacia el mes de Junio de 1820, época en la cual comienza verdaderamente nuestra narración, había llegado á reunir diez y ocho discípulos, lo que le producía mil ochocientos francos anuales para vivir su madre, su hermana y él, y con esta suma vivían los tres, puesto que la palabra vivir puede traducirse en rigor por esta paráfrasis :

No morir de hambre.

En cuanto á Mr. Muller, había ido á Dresde y vuelto á París. Había visto y abrazado á Weber, quedándose con él todo el mes de vacaciones, y á su vuelta había dicho á Justino :

— He gastado hasta el último franco de los mil que llevaba ; pero á fe de músico aseguro que no me pesa.

CAPÍTULO III.

LA CASA DEL MAESTRO DE ESCUELA.

La casa en cuyo cuarto bajo habitaba Justino, no tenía más que un piso.

Este piso se componía de dos alcobas y de un gabinete que servía de cocina y estaba ocupado por la madre y la hermana del joven.

Este cuerpo del edificio aislado en el patio y unido á las casas vecinas por una de sus fachadas, había sido construido, según todas las apariencias, para servir de habitación á un *vigilante* de una fábrica de hilados cuyas ruinas se apercibían á algunos pasos de allí.

En este retiro sombrío, insalubre, que sólo recibía luz por un patio rodeado de altos edificios, era donde languidecía de miseria una madre y sus dos hijos.

La madre, pobre mujer ciega, ocupaba la primera alcoba, donde se reunían sus hijos todas las noches; salía de esta habitación cuando más tres veces al año.

Pobre, aislada, privada de la vista, soportaba con paciencia estas miserias.

Nunca se la ha oído quejarse, pues tenía la sublime resignación de una matrona antigua de quien imitaba las virtudes más austeras. Sparta la habría divinizado, y un decreto del senado romano hubiera ordenado descubrirse delante de ella como ante una sacerdotisa de la gran diosa.

La sociedad francesa la martirizaba.

¡ Oh ! con esta sociedad francesa es con la que vamos á trabar rudo combate.

Bien se nos alcanza que sucumbiremos como Jacob en su lucha con el ángel : pero cuando vayamos á dar cuenta á Dios, y Dios nos pregunte, ¿ qué habéis hecho ? Nosotros le contestaremos :

Erá imposible que venciésemos, pero hemos luchado.

La hija, criatura débil, raquítica, sin aliento, flor de los campos, margarita de los prados, lirio de los valles trasplantado en una cueva ; la hermana poseía algunas de las sólidas virtudes de su madre ; pero estaba lejos de tener su potencia de abnegación.

Atacada de un aneurisma que pondría en grave peligro su vida á la primera emoción violenta que experimentase, sintiendo instintivamente limitada su joven existencia por el muro de un cementerio, su resignación la vendía algunas veces, no porque dejase escapar alguna palabra de amargura, era demasiado cristiana para esto, sino porque se dejaba vencer interiormente ; su desesperación se concentraba en ella, y de vez en cuando se reflejaba en su frente de marfil ; su desventurada madre apercibía con los ojos del corazón sus siniestras huellas.

El hijo, ocupado en su clase desde por la mañana hasta por la tarde, podía ir á ver á las dos mujeres, únicamente cuando el anciano profesor venía á hacerle una visita y consentía en reemplazarle durante una hora.

La escuela se abría en el estío á las ocho de la mañana, y se cerraba á las seis de la tarde.

En invierno se abría á las nueve, y se cerraba á las cinco de la tarde.

Casi todos los niños eran hijos de jornaleros del arrabal,